

“Preguntó Pilato a Jesús: “Eres tú el rey de los judíos?...” Jesús dijo a Pilato: “Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí.” Pilato le dijo: “Entonces, ¿tú eres rey?..” Jesús le contestó: “Tú lo dices; soy Rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo; para dar testimonio de la verdad.” (Juan, 18, 33 – 37).

En otro momento, “Los fariseos le preguntaron: “¿Cuándo va a llegar el Reino de Dios?”..Él les contestó. “El Reino de Dios no vendrá aparatosamente, ni dirán “Está aquí” o “Está allí, porque mirad: EL REINO DE DIOS ESTÁ EN MEDIO DE VOSOTROS” (Lucas, 17,20-21)

También es interesante la profecía del libro de Daniel: “Seguí mirando. Y en mi visión nocturna vi venir una especie de hijo de hombre entre las nubes del cielo. Avanzó hacia el anciano y llegó hasta su presencia. A Él se le dio poder, honor y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas lo sirvieron. Su poder es un poder eterno, no cesará. Su reino no acabará” (Daniel, 7,13-17)

Querido/a amigo/a Con motivo de la fiesta litúrgica de Cristo Rey, reseñamos los principales textos bíblicos relacionados con dicha festividad del presente año litúrgico, en el que, como sabéis, estamos celebrando el Año de la Fe. Muy a propósito de éste son las palabras de nuestro querido Papa, Benedicto XVI, que dice: “La Fe es el Don más importante de la vida, y por ello no debe permanecer escondida, sino debe compartirse.

También añadió: “Tengan la mirada fija en Jesús. El mundo de hoy necesita personas que hablen a DIOS, para poder hablar de DIOS, Sólo así la Palabra de salvación puede dar fruto”. Jesucristo está presente en todos los acontecimientos de nuestra vida. Y lo mismo que en su andadura por Palestina se acercaba a todo hombre, con el mismo cariño se acerca a nosotros caminando a nuestro lado, y enseñándonos el camino hacia Dios en el encuentro con el hombre, pues **el Reino de Dios está dentro de nosotros mismos**.

Y no olvidemos que nuestro encuentro con Cristo es una vivencia con su persona. Cristo ha puesto en nuestras manos el mensaje de amor, de solidaridad, de perdón más sublime que cualquier hombre pueda imaginarse, integrando a todos los hombres bajo el símbolo de la paz.

El pasado domingo, día 11 llevamos a cabo nuestra excursión-peregrinación a la Blanca Paloma, con la visita, primero, a la localidad de Almonte, donde en el altar mayor de su parroquia, recibe actualmente culto la devotísima Imagen de Nuestra Señora del Rocío, ante la cual, junto con varias Hermandades asistimos a la Santa Misa, siendo de agradecer a la Divina Providencia el que recibiendo todos los domingos, la Señora, visitas de tantos devotos de toda España, el grupo nuestro de más de sesenta personas, tuviese la posibilidad y realidad de la Eucaristía ante la venerada Imagen de Nuestra Señora, posibilidad que casi habíamos descartado. Después marchamos a la aldea de El Rocío, donde en la Casa de Hermandad de La Puebla del Río, cordialmente cedida para ello, dimos buena cuenta de los alimentos que llevábamos para dicho, terminando el menú con las correspondientes sevillanas. Ni que decir tiene que durante el viaje, según costumbre, rezamos el Rosario y cantamos las acostumbradas canciones. Nuestro sincero agradecimiento a la Hermandad de La Puebla del Río.

Y a propósito; el Grupo de Teatro de nuestra Peña Antorcha, se ha cubierto de gloria, con su actuación en el Teatro de dicha localidad, representando la obra “Don Armando Gresca”, el pasado sábado ya que les correspondió hacerlo en dicha fecha, como participantes en la Semana de Teatro, organizada por el Ayuntamiento de dicho lugar de La Puebla del Río. ¡ Recibid también la sincera felicitación de toda la Peña ;

La Misa del próximo viernes, día 23, la ofreceremos por la madre, recién fallecida, del querido amigo y asociado Fernando Miranda, al que expresamos el más sentido pésame de toda la Peña.

Y a la simpática y querida religiosa Lorenza, del Hogar de San Antonio, de Villanueva del Ariscal, que recientemente sufrió un aparatoso accidente, nuestros sinceros deseos y oraciones por su total restablecimiento, restablecimiento y oraciones que también deseamos y ofrecemos por todos nuestros enfermos, incluyendo a la viuda del inolvidable Antonio Amor, y a cuantos en el lecho del dolor, ofrecen sus padecimientos, en unión de los de Jesucristo, por todos los demás, y la salvación y la paz por el mundo entero.

Los interesados en la asistencia a la Convivencia Navideña, Anual de la Peña, que, Dios mediante, celebraremos en el mismo lugar que el año pasado de la Avdª de Eduardo Dato, que se inscriban ya, si aún no lo han hecho. Está preparada para el 16 de Diciembre, domingo.

Hasta la próxima. Un sincero saludo de **LA JUNTA DIRECTIVA**

EL CREDO DE NUESTRA FE

Se puede creer o no creer, pero no creer dormidos. Me gustaría que ustedes, amigos míos, se aprendiesen esta frase. Porque probablemente el gran drama de la fe en nuestro siglo no son los que la han perdido, sino todos aquellos que dicen que tienen fe, pero no saben en realidad qué es lo que tienen, y viven, de hecho, como si no la tuvieran.

Incluso son muchos los cristianos que cada domingo recitan en las iglesias el Credo, pero lo hacen como cuando de niños recitábamos la lista de los reyes godos o la de los ríos de España.

Repasemos juntos las palabras del Credo, para preguntarnos cómo han llegado hasta nosotros, qué significan realmente y, sobre todo, *a qué nos comprometen.*

Subrayo esto último porque quizá el mayor de los disparates que puedan decirse es ése tan corriente ahora de los que proclaman como algo normal y casi como un orgullo que ellos creen, pero no practican, que es algo así como decir «yo vivo pero no respiro» o «yo veo, pero tengo siempre cerrados los ojos».

También están, claro, los que dicen que ellos «creen y practican» queriendo únicamente decir que ellos «van a misa». Pero sin descubrir que «practicar la fe» es más, mucho más que ir a las iglesias media hora los domingos.

Efectivamente, amigos, creer no es, ni puede ser, saberse de carretilla una serie de fórmulas de fe y seguir viviendo como si esas fórmulas no significasen nada. La fe no es una cosa que se acepta, sino un estilo de vida que se vive. Los creyentes no son los que aceptan teóricamente veinticinco dogmas, sino los que viven en consonancia con esos dogmas que dicen creer. La fe no es algo que se tiene, como se tiene un reloj en la pulsera o un televisor en el salón de la casa. La fe es algo que se es. Y por eso no deberíamos, en realidad, decir yo «tengo fe» -como podríamos decir: yo tengo un traje gris-, sino decir: yo soy creyente, como decimos, yo soy hombre, o yo soy hijo de mis padres, algo tan sustancial con nosotros mismos que no podríamos perder sin dejar de ser lo que somos.

La fe, lógicamente, tiene que tener consecuencias. Debe ser una determinada manera de ver el mundo, una determinada manera de vivir, de pensar, de amar.

Decimos cada domingo: «Creo que Dios es mi Padre». ¿A qué me obliga creer en esto? ¿Qué consecuencias tiene para mi vida y para mis relaciones con los que me rodean?

Cada domingo decimos: «Creo en Jesucristo, creo en el Espíritu Santo, creo en la Iglesia, creo en la resurrección de la carne». ¿A qué me conduce creer en estas cosas? ¿En qué se diferencia mi vida, creyéndolas, de la vida de quienes no las creen o no las toman en serio?

Porque no podemos creer que la fe es una herencia que hemos recibido y que bastante hacemos con conservarla limpiita en el cajón. La fe nos ha sido transmitida por las generaciones anteriores, pero no como una perla fría que podamos conservar avaramente entre algodones, sino como una fruta que debe seguir madurando en nuestras manos y que podría pudrirse o marchitarse si no seguimos dándole nueva savia cada día.

(Del Libro de José Luis Martín Descalzo, “**PARA MI, LA VIDA ES CRISTO**”)

REFLEXIÓN DEL BEATO JUAN PABLO II

“La fe no consiste en la última novedad que hoy es noticia y mañana está ya olvidada. La fe no es una enseñanza que alguien puede adaptar a sus necesidades y según el momento presente. No es invención o creación nuestra. La fe es el gran don divino que Jesucristo ha hecho a la Iglesia. Dice san Pablo en la carta a los Romanos: «La fe surge de la proclamación, y la proclamación se verifica mediante la palabra de Cristo» (10, 17). El creyente encuentra su fundamento en Jesucristo, que sigue viviendo en su Iglesia a lo largo de los siglos hasta el día del juicio.

La fe vive en la tradición de la Iglesia. Sólo en ella podemos encontrar con seguridad la verdad de Jesucristo. Sólo una rama viva del árbol de la comunidad eclesial tiene su fuerza en las raíces.

Os exhorto hoy a mantener firme la fe de la Iglesia. Es lo que han hecho vuestros padres y vuestras madres. Ateneos a la fe también vosotros y transmitidla sucesivamente a vuestros hijos. Ésta es la razón de mi viaje pastoral en medio de vosotros: «Os recuerdo, hermanos, el Evangelio que os anuncié, que recibisteis y en el que habéis perseverado» (1 Cor 15, 1).

Sin una fe firme carecéis de apoyo y estáis a merced de las enseñanzas cambiantes del tiempo. Ciertamente hay también hoy algunos ambientes en los que ha dejado de aceptarse la doctrina correcta, y se busca en ellos, conforme a los propios deseos, maestros nuevos que os lisonjean, como advirtió san Pablo. No os dejéis engañar. No hagáis caso de los profetas del egoísmo, que interpretan de manera incorrecta la evolución individual, que os

proponen una doctrina terrena de salvación y que quieren construir un mundo sin Dios.

Para poder decir «creo», «yo creo», es necesario estar dispuestos a la abnegación, a la entrega de sí mismos, es necesario también estar dispuestos al sacrificio y la renuncia y tener un corazón generoso, un corazón como el de la Santísima virgen María”